3 1761 08695956 6

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/latristezadelqui00mart

LA TRISTEZA DEL QUIJOTE

LS
C419d
.1md

LA TRISTEZA DEL QUIJOTE

DIBUJOS DE RICARDO MARÍN

PALABRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA . . . . . .

377838
29.3.40

BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA
L. WILLIAMS, EDITOR. MADRID. MCMV

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

Tip. de la Revista de Archivos, Bibl. y Mus., Olid, 8.—MADRID

PALABRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

El libro maravilloso duerme en la estantería entre una vieja Historia de Francia y un tomo de versos donde están las églogas de Garcilaso. ¿Cuánto tiempo hace que no descubren á nadie su secreto las páginas amarillentas; cuánto que ojos humanos no contemplan los vetustos grabados en madera en que está retratada la triste figura del hidalgo manchego? Pero un rapaz de apenas nueve años ha entrado en la estancia: tiene el rostro risueño y los ojos llenos de curiosidad. Impetuosamente llega á la estantería, se apodera del libro y comienza á leer. Y con la lectura se va despertando una nueva vida en el espíritu del lector, y en sus ojos se enciende una calentura. Va leyendo aprisa y soñando más aprisa que lee; y la historia del generoso loco á quien la cuerda realidad va moliendo á palos y puñadas, y á quien el desengaño sigue como la sombra al cuerpo, no entris-

tece su corazón: ni tampoco le mueve á reir la cómica tragedia: es que su alma reciénnacida se ha fundido con el alma loca del buen hidalgo, y va siguiendo las malaventuradas aventuras subido en ancas del mismo Rocinante, mirando la vida por los ojos mismos de D. Quijote; y para él también es la venta castillo, y son furibundos gigantes los molinos de viento, y es bella y es princesa Maritornes, y es Dulcinea la sin par fermosura, y son granos de perlas los granos de trigo tocados por sus manos. Este rapaz lector ha nacido también en la llanura castellana; el sol de esos calurosos días de Julio, en uno de los cuales quiso Cervantes que acaeciese la primera salida de D. Quijote, ha puesto en su cerebro ardorosa semilla de quimeras; la luz perlina de las noches de estío — como la de esa noche memorable en que veló sus armas el novel caballero—ha dado alas de luna á su corazón; y por ello ha podido acoger como suyas las quimeras aladas del que—andando tiempos y desdichas — había de llamarse Caballero de la Triste Figura; y así no siente melancolía cuando el héroe cae á los villanos golpes de un mozo de mulas, ni cuando los yangüeses lo apalean, ni cuando un arriero le bruma las costillas, ni cuando desalmados galeotes le apedrean; que por encima de la mala suerte está el sueño de oro, y la fantasía

hecha corazón—para los niños y para los locos—aureola con lumbres de gloria el más lamentable vencimiento.

El niño y el loco son desde aquella hora grandes amigos; el niño y el loco caminan juntos por el Campo de Montiel, bajo la pesadumbre del sol, sin sentirla, y juntos, lanza en mano, arremeten contra el ejército de Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana, y abren á un tiempo los maravillados ojos cuando malas artes y encantamentos truecan el ejército en rebaño, y los tajos y mandobles gloriosos en ruin apedreamiento; y juntos se entran por las fragosidades de la Sierra Morena, más intrincadas y fragosas para su desatada imaginación, y juntos hacen versos y dan suspiros y sueñan con castísimos amores ¿á Dulcinea? á la hermosura de lo desconocido, de lo remoto, á la belleza oculta, que es norte y vida y lumbre y luz de amanecer para las almas que están amaneciendo.

Pero ¡ay de mí! que ya es de día, ya es casi mediodía en la vida del alma de aquel rapaz que montó en Clavileño con los ojos cerrados, y creyó que volaba por las nubes. ¿Qué ha sido de aquella su amistad con la flor y espejo de la andante caballería? ¿Usóla el tiempo? ¿Quebráronla los años? No, por cierto; el tiempo la ha arraigado y for-

talecido; pero al hacerse vieja la dulce unión de almas, de maravillada se ha vuelto melancólica, y cuando torna á leer el Quijote, quien antaño vibraba de entusiasmo, hoy se conmueve de tristeza. ¿Por qué? Porque ahora sabe ya que su héroe estaba loco; y si los poetas siguen diciéndole que «para los locos es el sendero», la vida, la amarga vida le dice á gritos que siempre en el sendero se encuentra con los cuerdos el loco, y que los cuerdos tienen siempre en la mano la piedra que hiere, y la risa que insulta en la boca.

¡La risa! Hay quien se ríe leyendo el Quijote; hay quien se regocija ruidosamente cuando da en tierra, armado de todas sus menguadas armas, el cuerpo del buen caballero, consumido por el poco dormir y el mucho leer; hay quien celebra su hambre con carcajadas y su molimiento y su desnudez, y aun aquella tan honda tristeza ante los puntos de sus medias verdes, en una clara noche de verano, junto á la reja abierta sobre un jardín ducal, mientras le van llegando, junto con el aroma de las flores y la frescura musical de las fuentes, los versos de aquella Altisidora que le mienten amor...

¿Es posible? Reir, reirse de un héroe tan sin ventura, de un héroe doliente, de un héroe que es pobre y que va para viejo... —Yo se lo diré—respondió Sancho—porque le he estado mirando un

rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto.—Y esta mala figura, esta lamentable figura ¿ha de hacernos reir? ¿Acaso porque es noble? ¿O por desventurada? ¿O porque es como el símbolo de toda espiritual fortaleza? Sí; que fuerte es el alma de D. Quijote, con ciega fortaleza de predestinación. Vedle; va por el mundo como iluminado y como poeta, con los ojos clavados en la visión maravillosa que trueca para él todo lo que existe á vida nueva y á ser soberano: él va por el mundo: su mirar está sobre la tierra; pero he aquí que la tierra para él es sólo su alma, y en su alma no hay miseria ni fango ni tristeza por la sangre vertida: en su alma hay pompa caballeresca y principesca gala femenil y espiritual galantería y amores limpios y músicas y aromas de ambares y orientales esencias: hay victorias y gestos arrogantes y apostura de eterna juventud. Y eternamente joven, en su rocín flaco y maltrecho, por sobre el Campo de Montiel—cielo implacable, llanura inacabable y árida—va soñando el alma y va el cuerpo tendiendo su lamentable sombra sobre la llanura.

¡Qué triste es la tristeza á la cruda luz del mediodía! Al sol de Julio, la pobreza es más pobre y

la vejez más vieja y el desamparo más desamparado; el polvo se posa sobre las arrugas del rostro y las ennegrece y ahonda; el sudor baña la cansada frente y enturbia los ojos; el moho de las armas escandalosamente muestra su lepra herido por la luz meridiana: y Rocinante esfuerza su andar penoso y lento, y los hierros de la armadura vieja crugen como gimiendo. ¿A qué aventuras vas, soñador tardío? ¿Qué glorias pretendes lograr, tú que has despertado al llamamiento juvenil del heroismo y del amor en el umbral mismo de la vejez? ¿No sientes en el ánimo la pesadumbre de la carne marchita, y sobre los ardores del cerebro la nieve de las canas? Mira la vida en torno tuyo, la vida árida y parda—vestida de sayal, como el llano por sobre el cual caminas.—Oyeme, loco; detente, loco; sublime loco razonador, escucha cómo los que aún conservan la razón que perdiste, de ti se rien, de ti se burlan al ver como pagas con dolor de tu cuerpo y daño de tu bolsa lo que osó tu alma, nido de quimeras: porque los cuerdos, loco, no tienen piedad, los cuerdos no saben compadecer y han olvidado mucho antes que tú entrases por los caminos de la locura, las sendas de la misericordia.

Pero el loco hidalgo no quiere oir, y el alma que fué antaño su ideal y entusiasta compañera,

no atreviéndose á caminar con él, se sienta á la orilla del camino, y le va siguiendo con los ojos, y siente envidia de sus andanzas y peregrinaciones. Como madre que mira combatir al hijo—siempre los tristes á quienes amamos son algo como hijos de nuestro corazón—le está mirando, y á cada golpe plañe, y de cada desventura se duele, y exclama, pensando en todos los sueños que andan zaheridos por la tierra: ¿Por qué no tiene el mundo más caridad?

Nadie la tuvo con el pobre hidalgo, nadie, ni el padre que en idea y en palabra le engendró. Para D. Quijote fué cruel el destino, fueron crueles los hombres y las horas, fué cruel más que todos Cervantes, y de ahí la peculiarísima tristeza de esta historia.

Hay en los libros tristes, diferentes maneras de melancolía, y el matiz de ella depende de como el autor sienta las desventuras de sus héroes, siéndoles amigo ó enemigo, blando, indiferente ó riguroso. Hay desdichadas historias en las cuales el autor toma parte por el desventurado: su compasión le envuelve como manto y caricia, y el llanto de su corazón es bálsamo para las heridas, y entonces la tristeza que de la historia nace es dulcemente emocionada; lloramos, sin duda, los dolores del héroe, pero sentimos complacencia en

llorar, y nos parece que el héroe mismo no quisiera por toda la alegría del mundo renunciar á la augusta prerrogativa de su dolor. Estas son las obras que llamamos románticas, tales *Werther, Otelo* y *Romeo y Julieta* y la dulce y tristísima *Genoveva* de Lamartine. Tristeza de melancolía. Esta es la tristeza de los libros de versos, porque el poeta, cantor de los dolores de su propio espíritu, nunca á sí mismo se desampara y siente para su dolor compasión femenina, porque todo poeta que lo es de veras tiene en el alma algo de mujer.

Otras veces el alma del narrador se esconde; él cuenta como acaecieron tales desventuras, cómo tales dolores y tales llagas vulneraron cuerpos y corazones; nos habla de la angustia y del sollozo; pero él ni solloza ni muestra padecer: los héroes están solos, frente á frente con su mala ventura: así Shakespeare hace que pase ante nosotros la tragedia de Hamlet, así cuenta la Biblia los dolores de Job y narra el Evangelio la Pasión de Cristo, diciendo: «Pasó»; «El dolor ha pasado» ó «Mirad como pasan el dolor y la duda». Y entonces la tristeza que sentimos leyendo el libro ú oyendo la tragedia es de desamparo, y el llanto que dejamos caer sobre las páginas es amargo y no tiene consuelo, porque lloramos frente á la soledad: bien quisiéramos alcanzar con los brazos á

sostener al que desamparado está padeciendo, ¡y no podemos! ¡y no alcanzamos! que el narrador ha puesto entre aquel dolor y esta emoción nuestra el abismo de su silenciosa impersonalidad: ¡y Cristo llora solo, y suda sangre en el Jardín de los Olivos!

En otras dolorosas historias el autor es cruel: su corazón, como dejándose vencer por el intelecto, parece tomar armas contra el héroe—que entonces es como nunca sin ventura.—Las desdichas llegan como traídas por mano sabia, refinadamente y encadenadamente: bien se ve entonces como es el brazo del autor el que mueve el azote, y bien se oye como complacido en la perfección de su trama, apartándose un tanto del flagelado y escarnecido, acaso se rie, y ayuda en sus burlas á los que burlan de él. Modelo de estos libros es el Quijote: Cervantes, con impasibilidad abrumadora, va prolijamente dejando caer palos y piedras, vilezas é inmundicias sobre el caballero bien molido y mal andante. En toda la primera parte de la historia no hay un solo momento de piedad: la vuelta lamentable de aquella primera salida, con el cuerpo maltrecho y el romance en los labios; molinos de viento, mozos de mulas, yangüeses cobardes, innumerables trabajos en la venta fatídica, miedo y corrimiento junto á los batanes, peniten-

cia en la Sierra, golpes de Cardenio, encantamiento ruin: y vuelta enferma y triste. ¿Y quién para compadecer tanto mal? Nadie. Cervantes ha alejado el amor de su héroe. Ama y sobrina lamentan el desvarío de su tío y señor con indignación egoista, y en sus duelos va siempre el propio interés por delante; socarrones el cura y el barbero y nada conscientes de la suprema dignidad de un hombre solo por serlo y de la máxima reverencia que se debe al alma cuando es niña ó es loca ó está soñando, búrlanse del hidalgo y procuran su vuelta á la cordura con más bellaquería que compasión, y se rien del dolor de su cuerpo; Sansón el bachiller que de su desvarío quiere sacarle á golpes, no sabe perdonarle por desvariado los que de él recibe y busca venganza y la logra cruel, ya que es tanta la melancolía que el vencimiento causa á D. Quijote, que trae por la mano la muerte. Crueles son las burlas de los duques con toda su aparente cortesía, crueles y desagradecidos cuantos de D. Quijote reciben favor, crueles hasta en la hora del morir, cuando á pesar del duelo y á pesar de la sombra de la muerte, «con todo—dice la implacable historia—comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza», por amor de la herencia. Amarga es la tristeza que la muerte del buen caballero deja en el corazón de quien la lee.

¿De qué murió? «Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan.» ¿Cómo murió? «Morir cuerdo y vivir loco» escribe en su epitafio el bachiller. ¿Hay más desconsoladora melancolía? Morir cuerdo, después de haber vivido loco. Hay ciertamente para morir con solo despertar á la razón después de haber vivido la radiante y musical locura épica; hay para morir viéndose flaco y viejo quien se creyó galán y valeroso, viéndose pecador—él juzga su locura pecado—quien se soñó espejo de limpia excelsitud, viéndose sin amores el que fué enamorado de Dulcinea. ¿Y cómo soporta el desengaño del alma y el acabamiento de la vida aquél espíritu que fué noble hasta el punto de guardar la más alta nobleza en el desvarío, pues no eligió en el mundo del ensueño—para él abierto de par en par—papel de emperador y camino de flores y ley del propio gusto, sino vida de caballero andante y senda de trabajos y ley de inagotable caridad? Dice su historiador hablando de la revelación siempre tremenda: «Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado.» ¡Muerte, como su vida, de poeta! Alma templada á golpe como acero, en pie estás tú si el cuerpo que animaste, rendido á la enfermedad y la desventura, yace en el lecho precursor de la tierra y del sudario; en pie estás, lanza en ristre, aguar-

dando á la muerte—último encantador—para vencerla con la inmortalidad. «Y así dió su espíritu, quiero decir—dice Cervantes—que se murió.» ¿No os parece esta frase, cortada de ritmo, comenzada con afectación retórica y traída de golpe en mitad del camino á términos vulgares, no os parece, digo, una última y cruel carcajada, un supremo desdén del historiador al historiado? Yo de mí sé decir que es una puñalada de amargura. Porque así es la tristeza de este libro admirable; la tristeza de todos los libros en los que como en él se ensaña el narrador contra el héroe malaventurado, amarga y rebelde. ¿No sentís una calentura de ira ante esta persistencia de la mala suerte? ¿No os bulle la sangre, atropellada y rencorosa, contra todos, sucesos y personas, cuantos á D. Quijote hicieron mal? Y más que contra todos contra aquellos que pretendieron y lograron quitarle su locura, única razón de su existencia, despojar para él la visión de la vida y del mundo del sortilegio, del velo mágico, de la niebla de oro que se los hacía apetecibles y deleitables. ¿No pensáis como yo que el primer deber de todo hombre para con las almas de sus hermanos es conservarles la que Ibsen llama *mentira vital*? ¿Tenemos derecho á poner nuestra mano sobre una ilusión? ¿Acaso podemos ni debemos llegarnos al misterio de cualquier hu-

mano pensamiento sino con reverencia temerosa? ¿Acaso sabemos con qué voz habla la verdad? ¿Quién ha venido á revelarnos la razón de la sinrazón? Cada alma es un templo, porque allí donde existe un misterio él á sí propio se levanta un altar: pasemos sin quemar incienso, si es que nuestra razón no nos deja creer; pero nunca derribemos el ara, que tal vez sobre el ara está el espíritu y ¡ay del que peca contra el espíritu!

El misterio está en derredor nuestro como el aire, y como el aire para la vida, así es él alimento indispensable para esta otra vida interior, sin la cual la del cuerpo es harto menguada y despreciable: el misterio está en todo, y nosotros inconscientemente nos acogemos á él y le celebramos siempre que intentamos celebrar alguna de las cosas que nos parecen bellas y respetables. Así, hablamos con amor de la inocencia de la niñez y respetamos los entusiasmos de la infancia y sus arrebatadas rapsodias y los vuelos de su fantasía hacia el mundo de lo maravilloso, y nos detenemos con respeto ante el mirar, á un tiempo profundo y vago, *vidente,* pudiéramos decir, de los ojos de un niño ante la inmotivada sonrisa de otro niño que está durmiendo. El misterio es quien hace para nosotros todo esto respetable y sagrado, quien pone en aquella mirada una suprema signi-

ficación y un sentido alto en aquella sonrisa.—¿Qué ves, qué sabes?—quisiéramos decir al niño que mira ó que duerme—¿por qué jardines ó por qué senderos está vagando tu alma, cuya visión así cuaja tus ojos y hace sonreir tus labios? Misterio: y por serlo, hermosura. Por el misterio nos conmueven las voces lejanas, y las músicas oídas acaso, y que no sabemos de dónde vienen; por el misterio de su ritmo, que es como voz que hablase en lenguaje desconocido, nos hablan al alma—que en todas las lenguas es maestra—el son del agua y el gemir del aire y el canto de los pájaros entre las ramas de los árboles, que también á su modo cantan ó gimen; por el misterio nos sobrecoge con melancolía el caer de la tarde y el ir llegando de la noche, puesto ya el sol, misterio, no presente, sino heredado de los días pueriles de la humanidad, cuando ignorante de toda ciencia el hombre temblaba ante las sombras creyéndolas figura ó símbolo del mal; por su misterio amamos la luz silenciosa de la luna, y gustan los que no son poetas de escuchar versos, que también les suenan á bello lenguaje desconocido; por el misterio amamos la esperanza del amor más que el amor logrado, y soñamos con lo futuro y nos dejamos acariciar por lo que fué presente y ya es pasado, cuando el recuerdo esfuma las crudezas de lo real amable,

y misteriosamente, por su misterio jamás desvelado, amamos la vida, y por el suyo temeroso estamos enamorados de la muerte, «la inexplorada región—dice Hamlet—de la cual ningún viajero retorna». Porque misterio no es sino otro nombre de poesía, y la poesía es la madre y la amiga y la arrulladora de todo humano corazón.

Misterio fué y poesía para D. Quijote, bajo la enramada de profusos castaños, el sonar del agua de aquel arroyo de los batanes, que de lo alto con espumas se despeñaba; misterio y poesía tan intensos que llegaron á infundirle pavor; por eso es gran crueldad la de su destino que, valiéndose de la luz del alba, le muestra su engaño, y cómo los rumores y temerosos golpes vienen de los plebeyos mazos. «Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido.» Y esta confusión de D. Quijote es suceso amargo y lástima digna de ser llorada, bien que Sancho ante ella — nueva amargura sobre lo amargo de la desilusión—sólo acierta á reir. «Miró también D. Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa.»

Poesía y misterio es para el caballero soñador la sigilosa entrada de Maritornes, á la hora propicia al amor, en el camaranchón donde maltrecho yace; poesía el trasnochado aliento y los ojos tier-

nos y los cabellos como crines de la fregona, merced al misterio con que la noche misericordiosa los envuelve; y por ello es crueldad no menos grande el despertar villano y el candilazo del cuadrillero sobre la frente ensoñadora. Fingidas pastoras halla D. Quijote en fingida Arcadia; preso en el misterio de sus redes y de su cortesía, quiere no menos cortesmente sustentar su hermosura á los cuatro vientos de un camino real; y por ser la empresa de tan plácida y señoril poesía es más cruel el cruelísimo desenlace. «Cuando esperaba—dice el una vez más asendereado caballero—cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces.» Y á tal pena le lleva su desventura, que dice luego: «... de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.» Si no hubiera en el mundo,—pudiera muy bien haberse respondido á sí mismo el infeliz hidalgo—, muerte de melancolía.

Y así desde que el libro empieza hasta que da fin. Ahora bien: amando el lector sobremanera á D. Quijote y viéndole tan mal tratado de quien imaginó su historia ¿no ha de sentir cierto rencoroso desvío hacia el creador implacable? No; este es otro milagro de la maravillosa invención: no sé

por qué magia ó por cual sortilegio la persona de Cervantes se confunde para el que lee y se hace una con la de D. Quijote; acaso contribuye á esta ilusión el saber, como todos sabemos, que la vida de Cervantes fué también pobre y melancólica, que padeció también tristeza, desnudez, hambre, prisión, mercedes de grandes y desdenes de necios; acaso sea parte á este espiritual hermanamiento el que su figura se nos aparezca, como la de su héroe, á las puertas mismas de la vejez, con la amargura de la decadencia del cuerpo sobre la lozanía del alma inmortal; de otros artistas, de otros grandes ó célebres ó por cualquier modo ilustres varones podemos fantasear la juventud; los vemos en la gloria de sus años mozos, en la hora de la esperanza, con los ojos encandilados, la frente serena y los labios entreabiertos con risa esperando el manjar de la buena ventura: á Cervantes, viejo le vemos siempre, manco le amamos, tanto suena á la posteridad su pobreza como su ingenio; por la lisonja cincelada de sus dedicatorias corre el amargor de la limosna recibida; lo que de su hogar ha dejado venir hasta nosotros el paso de los tiempos, más que gloria de amores es niebla de resignación; las mujeres que rodean al soñador son nobles mujeres llenas de abnegación, rezadoras y silenciosas, heroica y melancólicamen-

te avenidas á vivir á la sombra gris de un ideal que no entienden, y del cual sólo se les alcanzan los sinsabores esculpidos á arrugas en la frente del marido, del hermano, del padre aún más respetado que querido.

Por todo este gris que envuelve su vida, acaso es Cervantes hermano de su D. Quijote; acaso es D. Quijote mismo: como sobre la aridez de la Mancha el espejismo de las andantes caballerías, sobre el yermo de la vida pobre el espejismo de la belleza y la visión del arte. Cervantes, bien sumido en sus desdichas, se complace en afligir con ellas á un hijo de su pensamiento, y ahonda y revuelve en la llaga con desesperada complacencia.

Caballero triste, y vos, no menos triste engendrador de su triste figura, de la mano vais pasando por los siglos, aureolados de una misma gloria, en la memoria de las gentes; por las inacabables aventuras que ambos soñasteis, por las heridas que ambos recibisteis, por Dulcinea á quien los dos amasteis, por las palabras peregrinas que uno y otro supisteis decir, sufrid que un soñador de estos tiempos ponga un instante el gozo de su sueño á vuestros pies, y que deshoje para vosotros las rosas alegres de su corazón, regadas por hoy — en reverencia de vuestra melancolía — con rocío de lágrimas.

DIBUJOS DE RICARDO MARÍN

Ricardo Marín, uno de los dibujantes españoles que más elegancia y espíritu ponen en su arte, ha emprendido una obra que bien puede llamarse grande, puesto que en ella se propone seguir paso á paso, casi línea á línea, la Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. *Así los dibujos hacen como otra historia gráfica, en la que no sólo es de admirar la perfección de técnica, sino el buen gusto y la exactitud en lo que pudiera llamarse* documentación; *de la indumentaria, del ambiente, del movimiento sobre todo.*

La labor, que promete ser copiosísima, aún no está terminada; aún la ilustración no alcanza á toda la primera parte del libro, y ya van más de trescientos dibujos: de ellos se han puesto aparte unos cuantos, correspondientes á los primeros capítulos, y son los que se ofrecen al público en este album, con el cual Ricardo Marín quiere también, de amable modo, ofrecer su homenaje á la fiesta de espíritu con que España celebra el tercer centenario de la publicación del Quijote.

A medida que la labor adelante se irán, del mismo modo, separando de ella varios otros dibujos, con los cuales se formarán hasta tres colecciones como la presente, que sirvan al público como anticipación y primicia de la obra total, que por representar tan considerable y generosa intensidad de esfuerzo, por ser la interpretación gráfica más exacta que en España se ha hecho del libro de Cervantes, ha de constituir, no un mero triunfo accidental, sino una consagración definitiva de la personalidad artística de Ricardo Marín.

Es, pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías... (*Cap. I.*

...y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva..... y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razón de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura* (Cap. I.)

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio...
(*Cap. I.*)

...y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido... (*Cap. I.*)

... la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro... *(Cap. I.)*

. . . y por la puerta falsa de un corral, salió al campo... (*Cap. II.*)

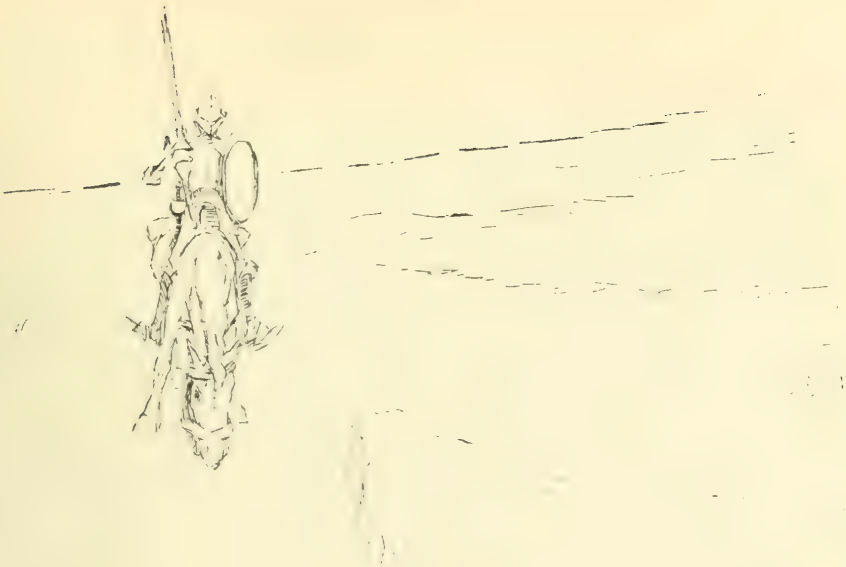
... llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga... (*Capítulo III.*)

... y así, llegándose á él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados que daban de su atrevimiento. *(Cap. III.)*

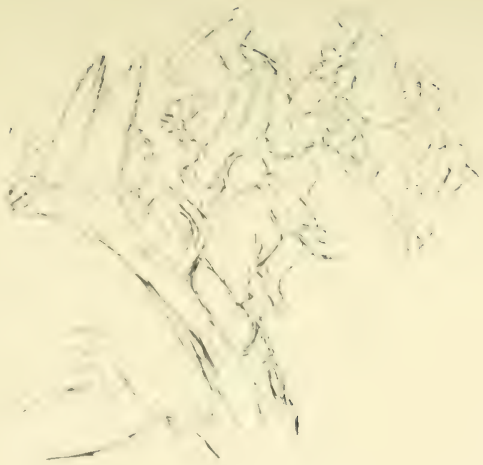
.y ensillando luego á Rocinante... (*Cap. III.*)

...y abrazando á su huesped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. *(Cap. III.)*

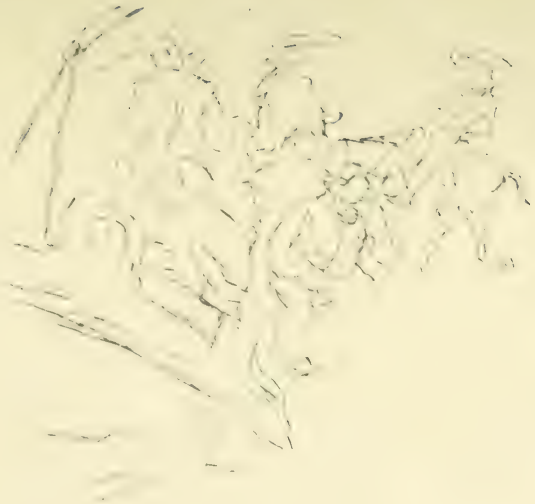
Con este pensamiento guió á Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar que parecía que no ponía los pies en el suelo. *(Cap. III.)*



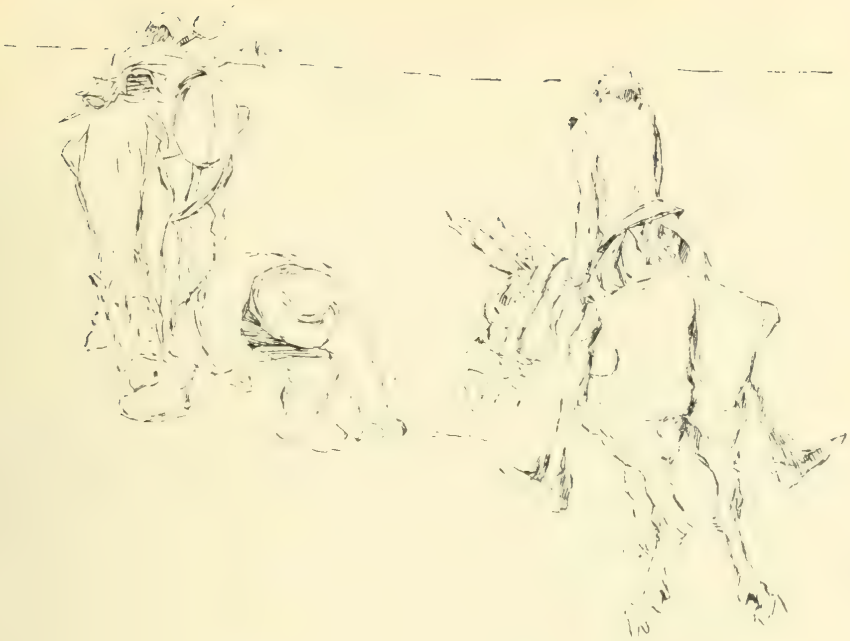
...y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya. (*Cap. IV.*)



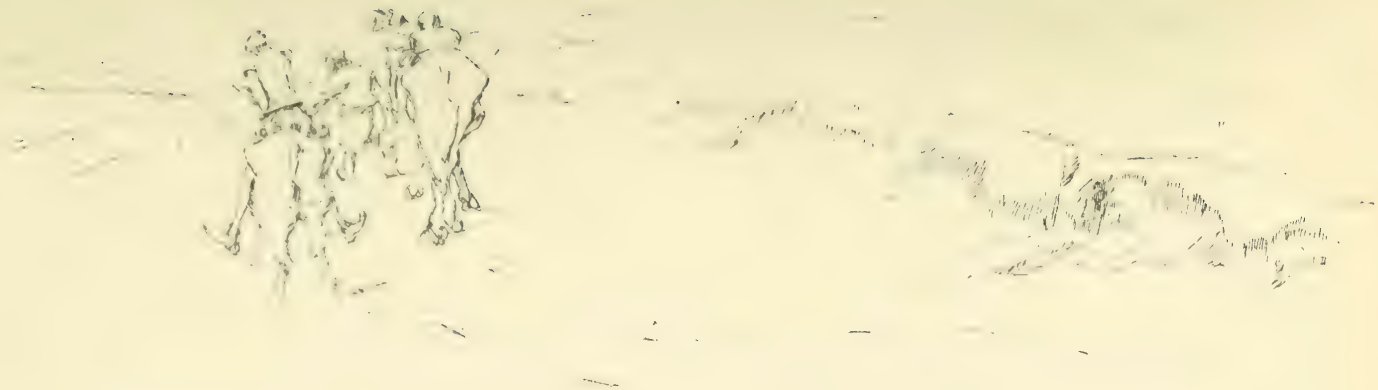
Y en diciendo esto arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho... (*Cap. IV*)



...con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. (*Capítulo IV.*)

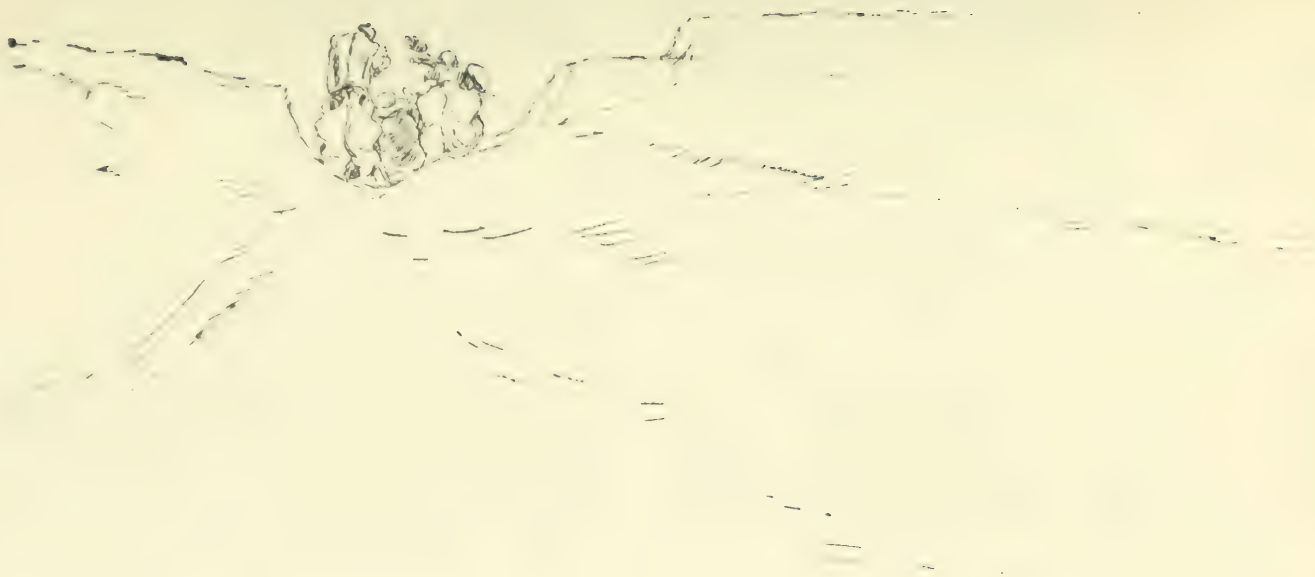


Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y lió las sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno... *(Cap. V.)*



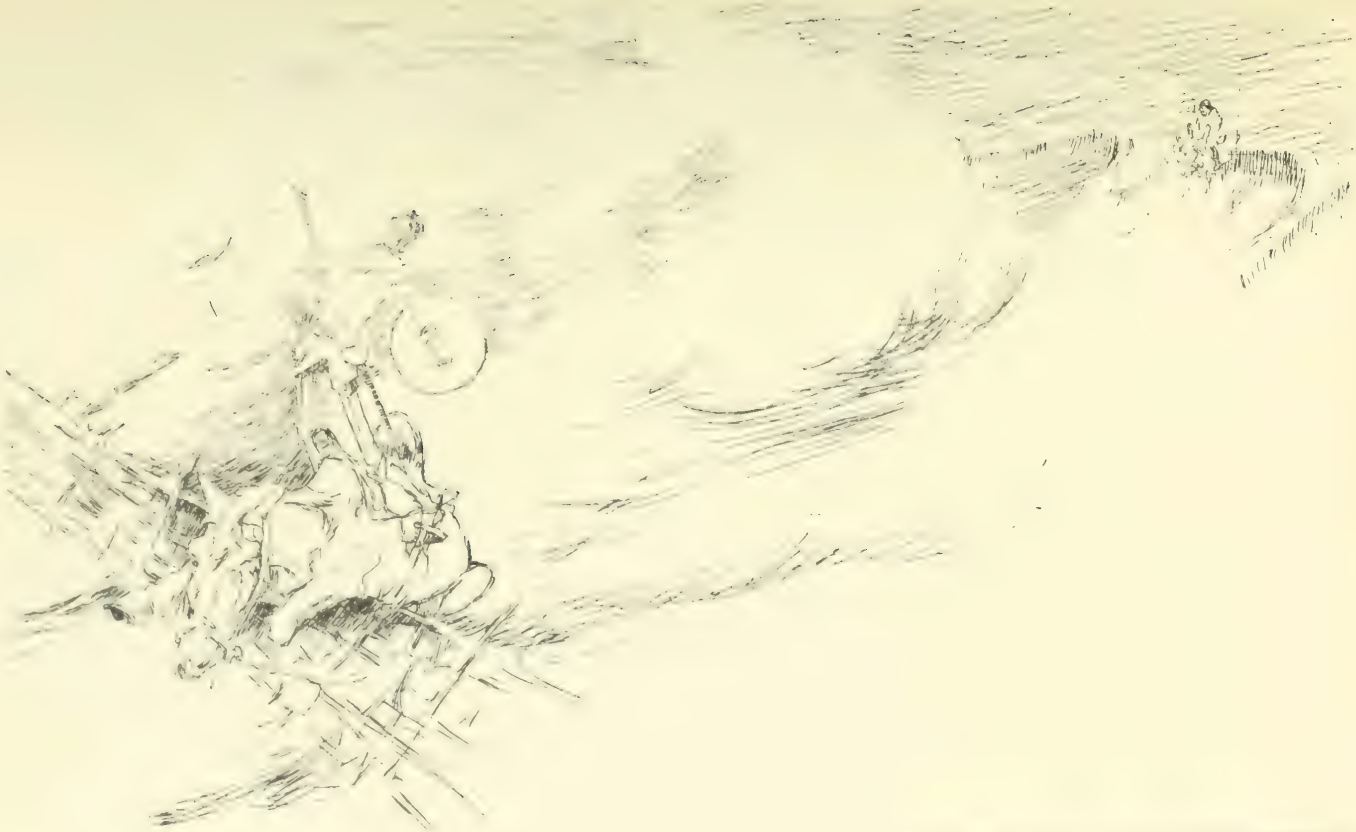
... y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase le dijese que mal sentía... *Cap. V.*

... y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase le dijese que mal sentía:... *(Cap. V.)*



... le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía á Rodrigo de Narváez... *Cap. V.*

... pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hacia que parte estaba el aposento de sus libros. *Cap. VII.*)



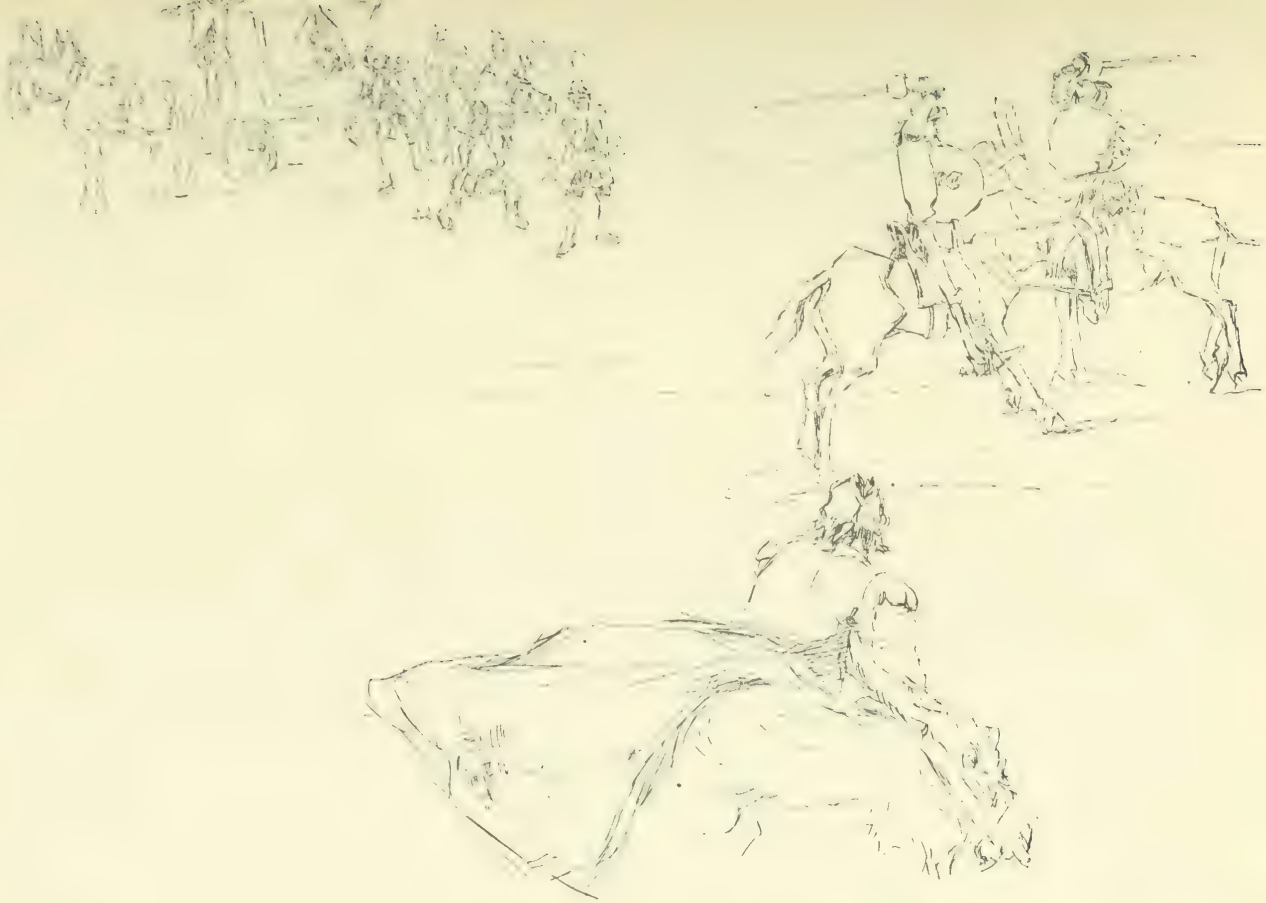
... y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí... (*Cap. VIII*)

A la mano de Dios—dijo Sancho—yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, *que parece que va de medio lado* y debe ser del molimiento de la caída. (*Cap. VIII.*)

Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas... (*Cap. VIII.*)

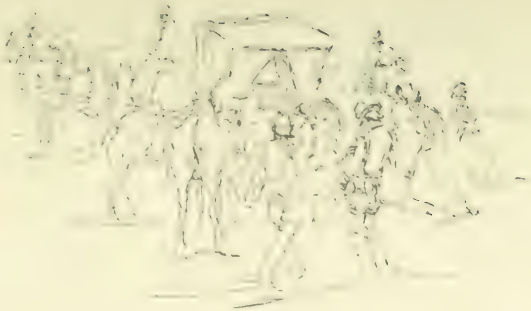
El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña más ligero que el mismo viento. Sancho Panza que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. (*Cap. VIII.*)

Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces,... *Cap. VIII.*)



. . . y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban... *(Capítulo VIII.)*

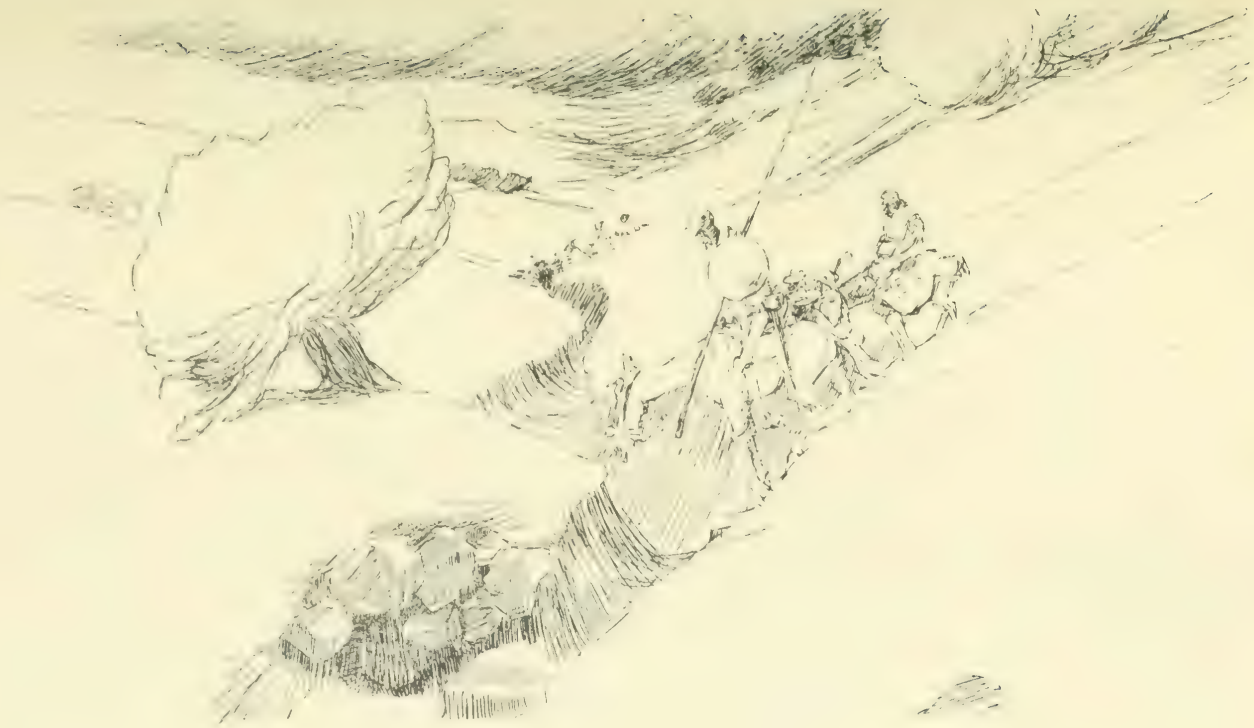
... pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote... (*Cap. IX.*)



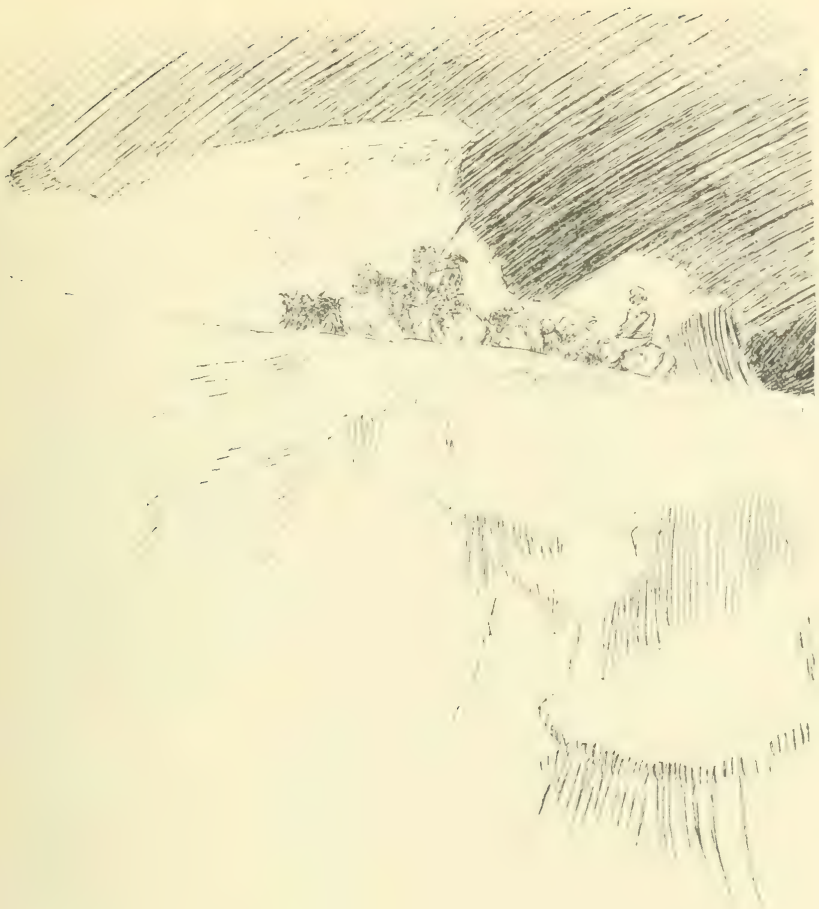
Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo y antes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó. (*Cap. X.*)

Calla—dijo Don Quijote—¿y dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido? *(Cap. X.)*

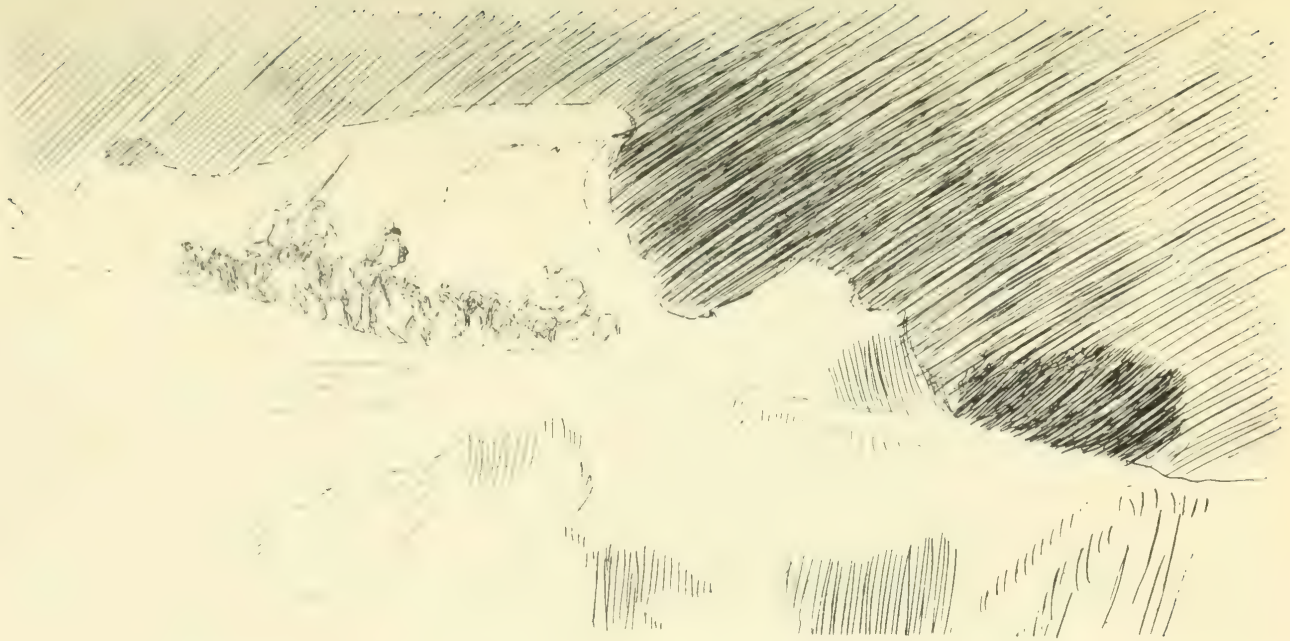
... Pero dime por tu vida. ¿Has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? *(Cap. X.)*



Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas sus cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa (*Cap. XIII.*)



Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad... *(Capítulo XIII.)*



En estas pláticas iban... *(Cap. XIII.)*

Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y estaban de rodillas con agudos picos, estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña (*Capítulo XIII.*)

...y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. *Cap. XV.*

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo.. (*Cap. XV*)

Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. (*Cap. XV.*

...levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con qué quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga... (*Cap. XV.*)

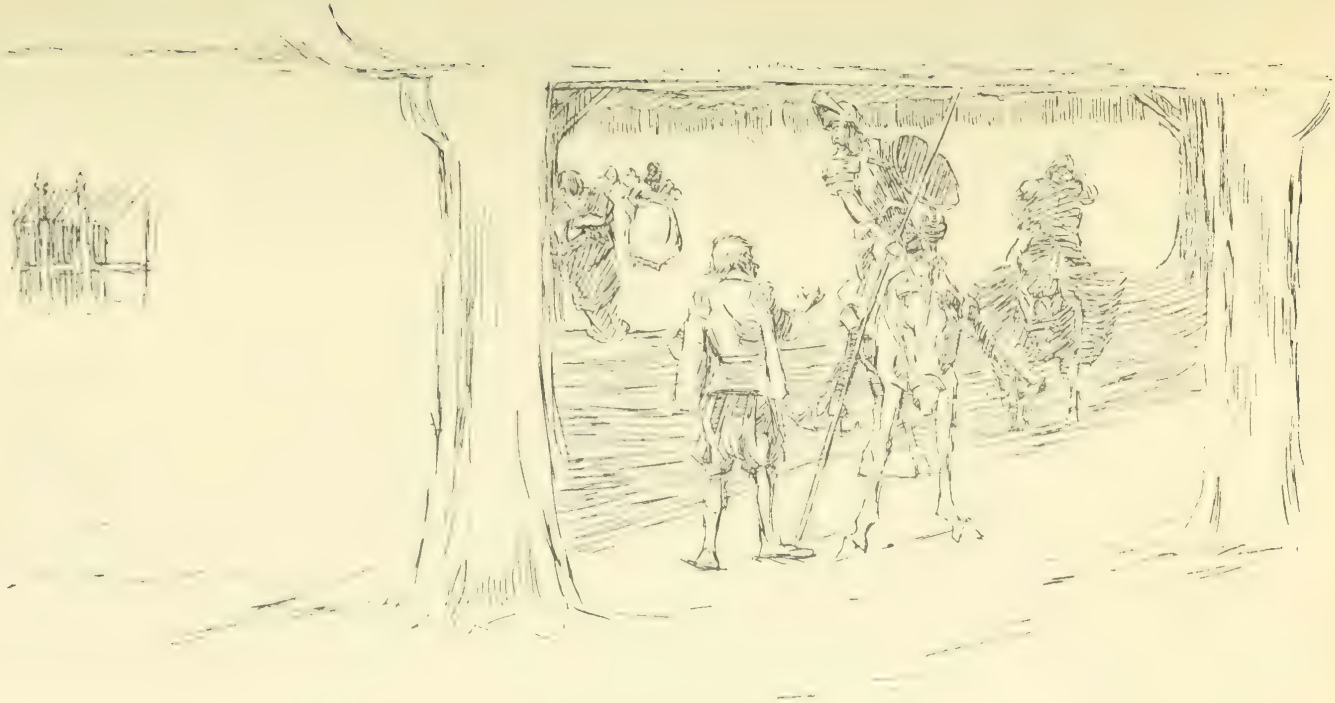
En resolución, Sancho... (Cap. XV.)

...acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante... (*Cap. XV.*)

...y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real... (*Cap. XV.*)

...pero Don Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante...

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas... (*Cap. XVII.*)



—¿Luego venta es ésta?—replicó Don Quijote.

—Y muy honrada—respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí—respondió Don Quijote—, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo... (*Cap. XVII.*)

Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. *(Cap. XVII.)*

...y así desde encima del caballo, comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos.... *(Capítulo XVII.)*

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos (*Cap. XVII.*

BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA.
I. WILLIAMS, EDITOR, LISTA, 8. MADRID

EPISTOLARIO POR ÁNGEL GANIVET PRÓLOGO DE F. NAVARRO Y LEDESMA • PRECIO 3,50 PESETAS •

CASTILLA POR LEONARDO WILLIAMS, C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA • CON DIEZ FOTOGRABADOS PRECIO 3 PESETAS • • • • • • • • • • •

SOL DE LA TARDE POR G. MARTÍNEZ SIERRA • PORTADA EN COLOR DE EMILIO SALA • PRÓLOGO DE SANTIAGO RUSIÑOL • PRECIO 3,50 PESETAS • • •

LOS PUEBLOS POR AZORÍN • ENSAYOS SOBRE LA VIDA PROVINCIANA • PORTADA EN COLOR DE SANCHA • PRECIO 3,50 PESETAS • • •

TIERRAS SOLARES POR RUBÉN DARÍO • PRECIO 3,50 PESETAS • • • • • •

DEFENSA DE LA POESÍA Y OTROS ENSAYOS POR SHELLEY • PRECIO 1 PESETA •

EL PUEBLO GRIS POR SANTIAGO RUSIÑOL TRADUCCIÓN DE G. MARTÍNEZ SIERRA • PRECIO 4 PESETAS • • • • • • • • • • •

ALGUNOS INTÉRPRETES INGLESES DE HAMLET Y EL VERDADERO ESPÍRITU DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA POR LEONARDO WILLIAMS • DOS ENSAYOS • CUBIERTA EN COLORES DEL AUTOR • CON VARIOS RETRATOS • PRECIO 1,50 PESETAS • • • • • • • • • •

LA RUTA DE DON QUIJOTE POR AZORÍN • PRECIO 3,50 PESETAS • • • • •

HAMLET Y EL CUERPO DE SARAH BERNHARDT DIBUJOS DE RICARDO MARÍN • PALABRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA • PRECIO 2 PESETAS • •

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO.—*Prosas.* 1898

DIÁLOGOS FANTÁSTICOS.—*Prosas.* 1899

FLORES DE ESCARCHA.—*Versos.* 1900

ALMAS AUSENTES.—*Novela corta.* 1900

HORAS DE SOL.—*Novela corta* 1901

PASCUA FLORIDA.—*Novela* 1903

SOL DE LA TARDE.—*Novelas cortas.* 1904

EL PUEBLO GRIS, de Santiago Rusiñol.—*Traducción.* 1904

LA HUMILDE VERDAD.—*Novela.* 1905

HAMLET Y EL CUERPO DE SARAH BERNHARDT.—*Dibujos de* R. Marín. . 1905

TEATRO DE ENSUEÑO.—*Ilustraciones líricas de* Juan R. Jiménez.. . . . 1905

LA TRISTEZA DEL QUIJOTE.—*Dibujos de* R. Marín. 1905

EN PRENSA

JACINTO BENAVENTE. — *Noticia biográfica. — Estudio crítico. — Autocrítica.— Opiniones.—Bibliografía.—Retratos.—Caricaturas.*

377838
Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quixote
Martínez Sierra, Gregorio
La tristeza del Quijote.
LS
C419d
.Ymd

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED